

¿Cómo citar el artículo?

Olaya, A (septiembre-diciembre, 2019). ¿Quiénes tomas las decisiones más importantes del país? crítica sobre la movilidad social en Colombia. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, (58), 1-2.
doi: <https://doi.org/10.35575/rvucn.n58a1>

Editorial

¿Quiénes toman las decisiones más importantes del país? crítica sobre la movilidad social en Colombia

Andrés Olaya

Magister en Gobierno y Políticas Públicas
Universidad EAFIT
Colombia
colayam@eafit.edu.co

La movilidad social meritocrática consiste en que cada persona pueda ascender (o descender) en la escala socioeconómica a través de su propio esfuerzo, independientemente de su origen familiar, clase, género, etnia, orientación sexual o cualquier otra característica atribuida. Esta idea tan simple pero tan poderosa ha permitido que las sociedades puedan pasar de la premodernidad a la modernidad, de los privilegios heredados para unos pocos a los derechos conquistados para todos y todas. Las sociedades modernas premian el esfuerzo y la dedicación, las sociedades premodernas premian la lealtad y la adulación.

En este orden de ideas ¿será posible hablar de una sociedad meritocrática en Colombia? A decir verdad, no. Y probablemente la mayoría de los colombianos ha visto o vivido situaciones en las que el mérito no es el principal criterio para la distribución de recursos socialmente deseados. Cuando estas situaciones se repiten una y otra vez, las personas internalizan, consciente o inconscientemente, este sistema de valores y ajustan su comportamiento estratégico en función de sus propios intereses. De allí surge el famoso y peligroso refrán “lo malo de la rosca es no estar en ella” transmitido de generación en generación.

Para muchas familias el principal criterio para decidir el colegio de sus hijos es el roce social que puedan adquirir, incluso por encima de su calidad. Para diversos empleadores, el apellido de una persona, su edad, su género y el barrio en donde vive influyen más sobre sus decisiones de contratación que la misma productividad (formación y experiencia). Y para buena parte de la clase política, es más importante trabajar con funcionarios públicos leales que hagan parte de su clientela, antes que con funcionarios profesionales y técnicamente formados.

Este sistema de valores premoderno tiene profundas consecuencias para el país. La primera, es que muchas de las personas que logran avanzar en la escala socioeconómica para tomar las decisiones públicas y privadas más importantes no son las mejores ni las más capacitadas, sino las más leales y aduladoras. De esto se trata, justamente, la buena administración de la mediocridad. La segunda consecuencia, es que genera una sociedad dividida entre “ellos” y “nosotros”, entre quienes no pueden acceder a educación, salud, vivienda y pensiones a través del mercado laboral formal, y entre quienes pueden tener educación y salud privada, vivienda propia y aseguramiento formal contra la vejez. Una sociedad dividida entre bachilleres-arrendatarios y profesionales-propietarios, en donde los primeros aún creen ingenuamente que el esfuerzo y la dedicación les permitirá salir de la pobreza. La tercera y última consecuencia, quizás la más peligrosa, es que la narrativa sobre la movilidad social que se construye en una sociedad que aparenta ser meritocrática es la del “hombre exitoso”. Ese colombiano que no reconoce sus propios privilegios, que construyó una narrativa de sí mismo vinculada artificialmente a su propio esfuerzo (y nada más), que considera que la pobreza es un asunto de voluntad y que, por nada del mundo, estaría dispuesto a perder su estatus social privilegiado. Allí se cierra el círculo, porque son muchos de esos “hombres exitosos” los que toman las decisiones públicas y privadas más importantes de este país.